

tad te quiere enseñar. Piensa, que le ves sentado á la mesa, echando resplandores de su Divino rostro, hermosísimo, grave, modesto, y devotísimo, y que le ves coger con sus santísimas, y venerables manos aquel Pan, que así lo dice la Iglesia, y es para que sepas, que las manos del que le ha de recibir han de ser santas: esto es, sus obras, y su vida ha de ser santa, é irreprehensible; mira que si no lo es la tuya, que la enmiendes antes de recibirle. Piensa que teniendo el Pan en sus manos divinas, ves que levanta al Cielo sus hermosísimos ojos, y con eso te quiere decir, que teniendo tú este divino Pan á tu disposición, ya no has de mirar cosas de la tierra, sino que levantando de todo lo terreno la vista de tu alma, has de suspirar por solo el Cielo. Piensa que le ves, que teniendo así elevados al Cielo sus ojos divinos, habla con su Eterno Padre, todo inflamado en amor; y agradeciéndole el favor que hace á los hombres en aquella grandiosísima maravilla, le dá las gracias con grandísima humildad, y reverencia por todos nosotros; como quien dice: ¡O Padre benignísimo, Padre Eterno, Padre piadosísimo, y Padre de las misericordias, y de todo consuelo! Excesivo, é inefable es el beneficio, que hace vuestra Di-

vina Omnipotencia en esta dádiva á los hombres; y como por su poca capacidad no penetran su grandeza, así no os han de dar las debidas gracias; por eso, Padre mio amantísimo, yo os las doy en nombre de todos ellos, como si á mí, y no á ellos, hiciérais aqueste tan soberano, é inestimable favor. Mira, Cristiano, que aquí muestra tu ingratitude, y la mía, y solo que le seamos agradecidos pide. ¡Mira qué paga esta para un tan grande beneficio! Y con todo no la halla en nosotros.

217 Considera que mirando al Señor, ves que baxando sus divinos ojos, los pone en el Pan que tiene en sus manos, y cogiéndolo con la una, levanta la otra, y le echa su santa bendición; y con esto te quiere decir, que en ese Pan Divino están todas las bendiciones eternas, figuradas en las temporales de los Santos Patriarcas, con que bendecían á sus hijos. Ellos, bendiciéndoles, les deseaban la abundancia de riquezas, y bienes temporales; mas en este Divino Pan te dá tu Padre Dios toda la abundancia, y plenitud de los bienes eternos, y riquezas de su Gloria: mira no la pierdas por ser mal hijo. Piensa que luego le ves partir el Pan, y alargando sus amorosas manos, con semblante alegre, tierno, y enamorado, les

vá

vá repartiendo á cada uno su bocado; y lleno de tanto gozo, que le reverberaba por los ojos, les dice: Tomad, este es mi Cuerpo, comedlo todo; como quien dice: Hijos amados de mi corazón, y entrañas, hasta aquí puede llegar mi amor: en esto que os doy, estoy Yo mismo: comedme, y entradme allá dentro en vuestros corazones, que esto era lo que yo deseaba; este era el grande deseo que traía en mi alma, y por eso os dixé al principio, que en grande manera habia deseado comer con vosotros esta Pasqua; porque deseaba sumamente, que vosotros me comiéseis á mí: ya con esto se me cumplió mi deseo. ¡O amor eterno, no conocido, no pensado, ni atendido de los pecadores! Mira qué palabra aquella, Cristiano: Comedme. ¿Qué padre, ó qué madre, por mucho que á sus hijos quiera, se dexará cortar un brazo, para darles de comer, y saciarles la hambre? Y nuestro Dios dice: Comedme todo, todo, sin reservar nada: hartaos, hartaos de un Dios, que se humanó por vosotros. ¡O pasmo, y prodigio de amor! Dime, Católico; te ha llenado este Señor, que llena los Cielos, y la Tierra? ¿Te hallas harto de Dios quando le recibes? ¿Dices con aquel Santo, y Amigo del Señor, que ya no puedes con tanto Dios, que

se retire un poquito? ¿Hay algun rincón en esa alma, que no esté lleno de Dios? ¿Hay en dónde pueda entrar, y caber siquiera una pajita de la tierra? ¿Y si acaso se entra, queda luego consumida del fuego de tanto amor? ¡Mas ay miseria! ¡Ay vileza humana! ¡Ay miserable condición de los hombres! Comemos á este Señor, y siempre estamos hambrientos de lo terreno. Comémosle, y ni aun le gustamos: entrámosle á nuestros pechos, y no le sentimos: pasa por nosotros, y quedamos pobres, y mendigos: es fuego vivo, y aun no nos calienta: es rico, y ni aun siquiera una pequeña limosna nos dexa: es luz, y no nos alumbra: es medicina, y Médico, y no nos sana: vida, y no nos resucita. ¿Y qué es la causa? que somos malos, y le recibimos mal: somos carnales, y le recibimos con sola la boca de la carne: está el alma, y corazón llenos de tierra, y no queremos vaciarla, ni arrojarla de nosotros: por eso nos quedamos sin los bienes del Cielo.

218 Considera, y piensa, que ves comulgar á los Santos Apóstoles, y atiende bien á aquellos semblantes; que por el rostro sacarás lo que pasa en sus razones, que como dixo el Señor, poco antes estaban limpios, y purificados. Mira como al comulgar, luego se suspenden,

y

y quedan tan devotos, y recogidos, y con tanta composicion, y modestia en los rostros, que ya ni sombra parecian de lo que eran antes: éntrate allá á sus pechos, y atiende con los ojos del alma, y verás que se abrasan en fuego de amor: verás aquellas almas llenas de luz, y claridad divina, verás las pasmadas, humildes, y reverentes con la nueva presencia del Esposo, hasta entonces ignorada: verás las que se gozan, y se deleytan tan inefablemente en el Señor, y con el Señor; y finalmente las verás todas transformadas en Dios en tanto grado, que quando de allí á rato hablaron, dixeron que se hallaban prontas á ir con su Señor, y Maestro á la carcel, á las prisiones, y á la misma muerte; ¡y qué mucho si estan llenas de Dios! ¿Tienes tú algunos de estos deseos quando comulgas, ó te quedas tan indevoto como estabas, y tan tibio como de antes? Sí: pues no estabas limpio quando le recibiste, lavaste, y purificaste. Piensa que habiendo así registrado el interior de los Santos Apóstoles, vuelves á atender al semblante de tu Maestro, y Señor, y le ves con el mismo gozo que antes le miraste, y que mirando á sus Apóstoles, todo lleno, é inflamado en amor les dixó: Esto hareis en memoria mia; que es otro impensado, é inau-

ditó beneficio; como quien dice: El beneficio que ahora os hice á vosotros, quiero que sea universal para todos mis escogidos: y porque yo visible, y corporalmente me aparto de ellos, y en este Sacramento me pongo, mediante la consagracion que se hace con las palabras que habeis oído, por eso Yo os doy mi autoridad; no solo á vosotros, sino tambien á todos los Sacerdotes que hubiere en mi Iglesia hasta el fin del mundo, para que quantas veces quisieréis, diciendo las mismas palabras que Yo dixé, consagreis el Pan, y el Vino, y así me tengais con vosotros, hasta que el mundo se acabe. ¿Qué te parece, alma, de este beneficio? ¿Cuál te parece mayor, consagrarse el Señor á sí mismo, ó dar autoridad á los hombres para que le consagren? ¿Cuál te parece mas, que un Rey le haga entrega una vez de sí á una esclava, ó que le dé autoridad sobre sí mismo, para que quando quisiere le prenda, encarcele, y ponga en prisiones, y que á su satisfaccion se las mude, y ponga á su voluntad? Pues mira que no es otra cosa la autoridad Sacerdotal. Véste que quando quieren, le consagran, y consagrado lo encierran entre dos tablas en un Sagrario: quando le quieren sacar, le sacan; y quando renovarle las prisiones en aque-

aquellos accidentes sagrados, lo hacen renovando el Sacramento. ¿Qué te parece? ¿Es esto dar autoridad al hombre sobre sí mismo? ¿Al esclavo sobre el Amo, al siervo sobre su Señor, y á la criatura sobre su Criador? pues hasta dónde pueden llegar mas las finezas. ¿Basta esto para cautivar tu amor? ¿Ves á Dios cautivo de tí mismo, y de tu amor? ¿No bastará esto para que te dexes cautivar del suyo? Mas, ¡ó villanía baxa, y vil de nuestros corazones! ¡Tan desamorados á vista de tanto amor! ¡Tan ingratos, y duros á vista de tantas finezas, que ninguna es bastante para vencerlos!

219 Considera aquellas palabras: Esto lo hareis en memoria mia. En la consideracion pasada consideraste solo aquellas que dixo la Magestad Divina de nuestro Soberano Maestro: Haced esto que Yo hago; esto es, consagraréis, como acabo de consagrar; y ahora se sigue que consideremos las otras: Esto hareis en mi memoria. Dice San Pablo (a), que es mandarnos que nos acordemos de su santísima Pasion, y Muerte, quando le consagraremos, y recibiéremos en nuestros pechos. ¡O inmensa caridad, y amor del Hijo de Dios! exclama San Gregorio. Iba entonces á sacrificarse por

nosotros á la muerte, y muerte de Cruz; y pareciendo corto aquel Sacrificio, no contento con lo que allí iba á padecer, porque si posible fuera, quisiera estar padeciendo por nosotros hasta el fin del Mundo; como ya una vez muerto, y sacrificado en la Cruz, no podia volver á morir, ordenó este Sacrificio incruento de su santísimo Cuerpo, y preciosísima Sangre, y dió autoridad á los hombres, para que le estuviesen continuamente sacrificando hasta que se acabe el Mundo; y con tanto amor, que si como el Sacrificio es incruento, fuera posible derramar en él su Sangre, tantas quantas veces se consagra, que son cada dia innumerables, otras tantas derramara toda su Sangre por nosotros: por eso dice que traygan á la memoria esta fineza, siempre que le recibiéremos, ó asistiéremos al sacrosanto Sacrificio de la Misa. Y así haz cuenta, Christiano, que quantas veces oyes Misa, otras tantas se ofrece por tí en la Cruz; y quando le recibes haz cuenta que se ofrece, baxado de la Cruz, á tu corazón por sepulcro: purifícaselo bien, y lávalo con lágrimas de dolor, originadas de la compasion de sus penas, que por

(a) 1. Cor. 11. 24.

eso quiere que no se te cayga de la memoria su santísima Pasión, y la pena de haberle ofendido, y por eso se pone como muerto en las manos de tu alma quando le recibes.

220 Considera otra fineza especialísima, que se contiene en este grande beneficio de la Eucaristía. Ya sabes como el ofrecer sacrificio á Dios es casi tan antiguo como los hombres, y así lo hacían Abél, y Cain, y de estos sacrificios usaban: lo uno, en reconocimiento del Supremo dominio, que confesaban tener Dios sobre todas las criaturas; y lo otro, para aplacar su indignación quando los pecados le irritaban; y lo que ofrecían á Dios eran corderos, aves, y otras cosas de la tierra; y como todo era baxo, y de poca estimación, raras veces se aplacaba el Señor. Atendiendo, pues, nuestro Salvador Jesu-Christo á la gran necesidad que teníamos, y habíamos de tener de aplacar la Justicia de su Padre, porque habían de ser muchas nuestras culpas, y de mayor malicia que las antiguas; quiso darnos que ofreciésemos al Padre, y no nos dió corderos, cabritos, ni aves, sino á sí mismo; como quien dice: Vuestros pecados han de irritar á mi Padre despues de tantos beneficios como habeis recibido: y así necesitais de ofrecer-

le una cosa gravísima, y preciosísima, para que puesta en su divina presencia, haga contrapeso á la suma gravedad de vuestras culpas: de vosotros no teneis cosa buena, ni á propósito, porque sois de todas maneras pobres, y miserables; y así los quiero dar una cosa, que es la mayor que tienen los Cielos, ni la Tierra; tal es, que vale tanto como mi Padre; y esta soy Yo, que soy su Hijo Unigénito, y esta os doy: á Mí mismo me entrego, y hago donación entre vivos: recibidme como cosa propia, y haced de Mí lo que quisiéreis: ofrecedme á mi Padre como cosa vuestra, que no es posible, que viendo que la dais á su Hijo, dexé de aplacarse. ¡O infinita clemencia, y bondad inestimable de este Señor! ¿Qué mas podía hacer el amor infinito que darse para sus desempeños á la criatura el mismo Dios? ¿Quién si se echára á pensar grandezas pudo jamas llegar á imaginar, que un Cristiano había de tener por suyo á Dios, y que como cosa propia había de ofrecer á Dios al mismo Dios? ¿Quién jamas pensó que podía llegar el hombre á tanta dignidad, que pudiese pagar deudas infinitas á Dios infinito, y con prenda de tanto valor, que por mucho que deba, siempre vale mas lo que le ofrece á Dios, que lo que á Dios debe por sus deudas? Este des-

em-

empeño, ¿quién lo pudo dar al hombre, sino aquel abrasado incendio de amor, que ardía en aquel divino pecho? ¿Y con esto no le serás agradecido, Cristiano? ¿Quedas agradecido toda tu vida al que te presta un poco de plata para tus desempeños; y no lo quedarás eternamente á este Señor, que se te da á sí mismo para un desempeño, que si no es por ese camino, no era posible que lo pagases; y no pagando, habías de estar eternamente padeciendo penas?

221 Considera otra razón, que hace aun mas inefable aquel amor. Sabía el Señor lo mal que le habíamos de pagar estas finezas, y que por ellas le habíamos de hacer graves ofensas, y corresponder con ingratitudes: con todo esto nada es bastante á entibiar su amor. ¡Grande amor fuera el de un Rey, si dexando la Grandeza de su Corte, escogiera para vivir una Aldéa miserable, y por lo mucho que estimaba á aquellos villanos, no obstante que le tratasen mal, que le despreciasen, y á veces atrevidos le diesen de bofetadas, y no hiciesen caso de él, con todo ni los quisiese dexar, ni apartarse de ellos! ¡O gran Rey de los Cielos, y de la Tierra, que sabeis lo mal que os han de tratar los hombres, los desacatos que os han de hacer, unos tratándoos mal de pala-

bra, otros de obra; ya cogiéndoos en sus manos sucias, ya arrojándoos á lugares inmundos, como són los pechos, y corazones de los que indignamente os reciben, ya por haciendo caso de Vos, entrando en vuestra Casa tan desatentos, asistiendo en vuestra presencia tan olvidados de que estais con ellos, que allí mismo os suelen hacer graves injurias, haciendo en vuestra Casa lo que no hicieron en la casa del mas vil hombre del mundo; y con todo que-reis estar con ellos, no los que-reis dexar, ni podeis acabar con vuestro amor el faltar de entre ellos! Hermano, usa de urbanidad con este Señor, no le seas mas desatento: mira que no merece su amor esas ingratitudes.

222 Considera como despues de un tierno, largo, y profundo Sermon que tuvo el Señor á sus Discípulos despues de la Cena, y Sagrada Comunión, salió (como lo tenía de costumbre) con ellos de Jerusalem, cosa de las ocho y media de la noche, para el Huerto de Gethsemaní, en donde solia pasar las noches en oración, y era el lugar en donde le habían de prender. Piensa que le ves salir del Cenáculo, y á sus Discípulos que le siguen sin preguntarle adonde vá á aquella hora, porque ya sabían que sus salidas eran á

pa-

pasar la noche en soledad, orando, clamando, y llorando por la salvacion de los hombres. Haz cuenta que te vés en pós de los Apóstoles, y considera con San Buenaventura, que los vés llenos de tristeza, de temor, y miedo, y que derramando lágrimas decían unos á otros: ¡Que esta noche nos habemos de quedar solos! ¡Que nos han de quitar á nuestro Maestro! ¡Que se ha de apartar de nosotros, y nosotros de él! ¡O duro apartamiento! ¡O duro, y cruel divorcio! Con esto piensa que llorando amargamente se llegaron al Señor, que iba delante de ellos, y oía sus lamentos, y suspiros, que le atravesaban el corazon, y cogiéndole en medio, le dixeron: ¿Qué os vais, Maestro Santo? ¿Qué nos dexais, y os apartais de nosotros? ¿Qué será de vuestros Discípulos, huérfanos, solos, y desamparados de vuestra santísima presencia? Piensa que llorando el Señor se volvió á ellos, y con dulcísimas palabras, llenas de suavidad, y amor les dice: No os turbeis hijos míos: ¿creeis en Dios? Creed en mí, que aunque me aparto como hombre, como Dios no os puedo faltar: esto acabará presto, y luego me vereis hombre verdadero, como ahora; pero glorioso, y resucitado, y entonces será grande vuestro gozo: ahora tened paciencia, porque es forzoso que

la voluntad de mi Padre se haga, y que con mi muerte se redima el mundo de la esclavitud del demonio, que á esto vine al mundo, y no á otra cosa: tres dias durará mi ausencia, y luego os llenaré de alegría; y se os gozarán vuestros corazones de verme en mi Gloria. Estas, y otras cosas les iria diciendo por el camino hasta llegar al Huerto. Y tú, que vés siguiendo al Señor, y á su santa compañía, guarda en tu corazon todo lo que oyes; y de la pena de los Discípulos, y sus lágrimas, saca una admiracion de quán grandemente amaban al Señor, y reprehéndete á tí; y de las palabras del Señor saca quán vehementemente era el amor que les tenia, pues llora de verlos afligidos, estando para morir. Olvidate de tí, si quiera quando nada te cuestas, y acuérdate del Señor; que olvidado de sus penas, todo vá ocupado en consolar á los que por él están tristes.

223 Considera como habiendo llegado al Huerto, les dixo á los Discípulos que se sentasen allí, en una parte algo retirada, y oculta, mientras su Divina Magestad iba mas adelante un poco á hacer oracion, y entresacó á Pedro, Juan, y Diego; y apartado de los demás, como un tiro de piedra con poca diferencia, se los llevó consigo, y empezó su

Ma-

Magestad á temer, turbarse, y entristecerse; y arrojando dolorosos suspiros, llenos de horror, turbacion, pavor, y espanto, se volvió á los tres Discípulos, y con grande fatiga, y ansias, con voz tristísima, y dolorosa les dixo: Acompañadme, y velad conmigo, porque tengo tan triste el corazon, que me quiero caer muerto: poco me falta para quedar muerto ahí entre vosotros; no me dexeis solo: estad conmigo, y velad: para que veáis como la Divinidad cerró todas las puertas del consuelo, y alivió á aquella divina alma, segun la porcion inferior, dexándola como si el Señor fuera puro hombre, como uno de nosotros, en quanto al miedo, temor, espanto, pavor, tristeza, y congoja. De manera, que como si tú te hallarás por delante con la muerte, y tanta máquina de tormentos, como el Señor habia de padecer, y te hallarás solo, sin que persona alguna del mundo, del Cielo, ni de la Tierra te socorriese, ni ayudase, era fuerza que padecieses terrible temor, espanto, y pavor; así has de considerar á tu Señor que todo lo miraba presente, y junto con tan grande desamparo, que como dixo por su Profeta, no hacia sino volver á una, y otra parte los

ojos, y no habia quien le consolase. Acompañale, tú, y no dexes solo, que por tu causa está tan afligido: mira que es terrible su desamparo, y fatiga, y se conoce en que pide á sus Discípulos no le dexen solo; no puede haber mayor señal de miedo, y temor, ni mayor falta de amor, y compasion que dexarle solo, y no acompañarle. Acompañale la vez que te tocáre el ejercicio de esta consideracion: arroja de tí el sueño, y da pereza, y vela aquella noche por el que se desvela por tí, y así le agradarás, como si en la misma ocasion que padecía le acompañaras. adst. sta. so. embandil. y. 224. Considera como el Señor con la pena, y congoja se apartó un poco de los tres Discípulos, como siete, ú ocho pasos; y el ponerse tan cerca fué para que ellos se viesen, y oyesen: y como dice el Evangelista (a), se hizo fuerza para (arrancarse de entre ellos, por la grandeza del miedo, y temor, y juntamente por el mucho amor que les tenia. Púsose de rodillas, el Redentor de nuestras almas, como dice Beda (b), en la concavidad de una peña, sobre piedra viva, y empezó su oracion con estas palabras: Padre mio, no hay cosa imposible á vuestro infinito poder; y así, si es posible, pase

(a) Luc. 22. (b) Tráct. de Loc. Sanct. cap. 6.

de mí este Caliz; mas no se haga mi voluntad, sino la vuestra. Como si dixera: Padre mio, á quien amo con todo mi amor, atended á que soy vuestro Hijo, y Hijo único, pues no teneis otro, y ved la grande afliccion, y congoja en que me tiene puesto esta dolorosa muerte que me espera, y pues solo la memoria de ella, y su representacion me quiere quitar la vida. De los padres es propio dolerse, y compadecerse de los trabajos de sus hijos, porque los aman: Yo bien sé que me amais con todo vuestro amor, y así compadeceos de mí, y puesto que todo quanto quereis podeis, libradme de este trabajo, y peligros en que me hallo, solo, y sin consuelo. Esto os pido, Padre amoroso, si es posible, que si no, no quiero cosa que no sea de vuestro agrado: vuestra voluntad se haga, y no mía. Así clamaba aquel Señor (según la parte inferior) á su Padre Eterno. Haz cuenta que le ves estar de rodillas en aquella peña, y que oyes con tus oídos sus humildes, amorosos, y tiernos clamores: que ves aquel divino semblante triste, y afligido, robado el color, y cubierto de un sudor frio; y vé notando todo lo que ves. Lo primero, que se hinca de rodillas sobre la dureza de una peña viva, y no sobre la yerba, ni la tierra, que por ser de huerto estaba blanda:

para enseñarte que el alma que trata de oracion ha de escoger la dureza, y aspereza, y dar de mano á las blanduras de la carne. Lo segundo, que se pone con reverencia, y de rodillas, aunque era fuerza que de causase dolor el estar una hora con ellas en una peña dura, para que tu oracion sea reverente, y no sentada, como lo hacen algunos con poca necesidad. Lo tercero, en que repite dos veces la palabra *Padre*, que como dicen los Santos, fué para explicar el afecto amoroso, y tierno amor con que amaba, veneraba, y reverenciaba como tal Hijo á tal Padre; para enseñarte, que el trato de la oracion es trato de amor, y que quando fueres á ella, has de recoger todos tus afectos, y ponerlos solo en tu Padre, que es Dios. Lo quarto, al principio engrandecer el poder de su Padre, confesándolo por Omnipotente, para enseñarte dos cosas. La primera, que tu oracion ha de empezar por las divinas alabanzas; y la segunda, para que conociendo tú al Señor por Omnipotente, Poderoso, y conociendo juntamente que es tu Padre, hagas tu oracion llena de confianza, y amor. Lo quinto, que se conforma en todo con la voluntad de su Padre, y en esa conformidad, y humilde resignacion cierra, y concluye su oracion: para enseñarte que tu oracion ha

ha de ser humilde, asignada, y conforme á la divina voluntad; de manera, que te has de desnudar de todo punto de tí mismo, de tu propio deseo, y voluntad; solo con la ansia de que el Señor cumpla en tí su altísimo beneplácito, y su santísima voluntad.

225 Considera como habiendo perseverado el Señor una hora en su oracion, con grande fatiga, y sudor, porque todas tres veces sudó de congoja (dixo Jansenio, y otros), y tanto, que como dice Beda, ablandó la piedra en que estaba arrodillado, y dexó en ella estampadas sus dos santísimas rodillas, y con todo no recibió consuelo alguno, ni alivio; antes si crecieron tanto el pavor, y la afliccion, que le obligó á levantarse, y llegarse á los Discípulos, y tomar con ellos algun alivio: llegó á los tres que tenia mas cerca de sí, y los halló dormidos. Pasó luego (como dice Lucas Burgense) á los otros ocho, que estaban mas retirados, y como tambien los hallase dormidos, los dexó, y se volvió á los tres primeros. Mira qual anda tu Señor, que desconsolado, y afligido de unos Discípulos para otros: llega á los unos, y como los halla dormidos, por no molestarlos pasa á los otros; como quien dice acá á nuestro modo: Dexemos á estos que descansan, y vamos

á los otros, que quizá hallaré despierto alguno de ellos con quien pueda consolarme. ¿Qué haceis, Dios Soberano? ¿Acaso ignorais que todos están dormidos, los unos, y los otros? ¿Pues qué idas, y venidas son esas? ¿Qué consuelo buscáis en quien ni para sí lo tiene, si Vos no lo dais? Haz cuenta que te responde, y dice: Es así verdad, que todo eso Yo lo sé; mas quise por aquí darte á entender la grandeza de mi desconsuelo, y fatiga, pues haciame mendigar de mis criaturas el alivio que ellas no me podían dar. Piensa tú ahora con mucha atencion el grandísimo aprieto en que puso tu alma al Redentor de la vida, y qual se vió para librarte de las cárceles horrendas del Infierno.

226 Considera como habiendo vuelto el Señor á los tres Discípulos, los despertó, y despiertos les dixo aquellas tan misteriosas palabras: Así, ¿qué no habeis podido sola una hora velar conmigo? Velad, y orad, para que no entreis en tentacion. Como quien dice: ¿Es posible que tan poco amor os deba? ¿Veis que estoy afligido de muerte, en un desamparo, y desconsuelo tan grande como os tengo dicho, y os pido que me acompañeis para mi alivio, y os echais á dormir? Si Yo os pidiera que pasarais muchas noches en vela por mí, lo

debíais hacer, aunque os costára trabajo; ¿pero ni una hora siquiere os habeis querido desvelar por mí, viéndome tan desvelado por vosotros? Pues ahora tratad de velar por vosotros mismos, porque es grande la tribulacion que os espera; y así velad, y juntad al desvelo la oracion, no sea que os coja debaxo la tentacion, y entonces ni podais hacer lo uno, ni lo otro. Vuestro espíritu está pronto, mas la carne es enferma, prosiguió el Señor, que es como si dixera, viendo que se afligian con la reprehension: Vuestra voluntad ya yo la conozco, y que está pronta, no solo á acompañarme, mas á dar por mí la vida; pero advertid á la flaqueza de vuestra carne fragil, y miserable, que con el apetito, y amor sensible de sí misma os derriba; y si no, acordaos qué animosos estábais en la Cena, prontos á acompañarme hasta morir, y ahora la carne flaca, y temerosa os quita aquellos brios; y así velad, y orad para sujetarla, esforzarla, y animarla; y no os contenteis con tener buenos deseos, y buena voluntad, porque todo eso se pierde con el sueño, y pereza. Canpo tienes aquí, alma, para hacer grandes consideraciones, y sacar mucha, y buena doctrina. Piensa, y considera que el Señor los despertó antes de hablarles; porque aunque á sus amigos suele hablar

en sueños, no obstante hay sueños, y sueños: unos velan durmiendo, como lo hacía aquel que durmiendo tenia el corazón despierto; y otros velando están dormidos, porque sus desvelos son por lo temporal, y carnal: por esto sí que se desvelan, pero para lo espiritual, y eterno están dormidos. Este es malísimo sueño, y lo debes apartar de tí para oír lo que Dios quisiere hablar á tu alma, que así te lo aconseja S. Pablo: Levántate, que estás dormido, y te iluminará con sus exemplos, y doctrina Christo, que es la luz verdadera.

227 Considera como el Señor les reconviene á los Discípulos con el amor, diciéndoles así: ¿Vosotros sois los que me amais hasta la muerte? Mal se os conoce, pues siquiera una hora no me habeis podido acompañar en mi desamparo. Ved como os engañais: pues la señal del amor verdadero es enfermar con el amigo enfermo, afligirse con las aflicciones del amigo, y trabajar con el amigo puesto en trabajos: Vosotros, viéndome afligido, desconsolado, y puesto en grandes trabajos, os echais á dormir: ¿pues en qué se conoce vuestro amor? ¿En qué se muestra vuestra amistad? Piensa como el Señor los convence de que en su ausencia han de flaquear en la Fé, y virtudes, diciéndoles, que no han podido

ve-

velar sola una hora con él; como si dixera: Si estando conmigo no velais, ¿cómo velareis estando sin mí? Si viéndome delante de vosotros velando, y batallando con la muerte, os entregais al sueño, y descanso, ¿qué hareis quando Yo os faltare de la vista? Mira, y piensa bien estas razones, que para conocer tu miseria, y traer-te á temor de tí mismo, no las puedes pensar mejores. Si aquellos teniendo al Señor delante de sí, y en tan lastimoso estado se duermen, se descuidan, y ponen al peligro de la tentacion, ¿qué será de quien ni piensa, ni se acuerda del Señor? Piensa en las otras palabras: Velad, y orad, porque no entreis en tentacion; como quien dice: Estos han de ser vuestros desvelos, estas vuestras ansias, y cuidados: orar, y clamar á Dios, porque no os permita entrar en los lazos del demonio, consintiendo en sus tentaciones; porque una vez enlazados con ellas, os han de entrar en donde no podais salir; y así, teme, Christiano, esta maldita entrada: mira que muchos entran, y jamas vuelven á salir. Piensa tambien en las otras palabras: El espíritu está pronto, mas la carne enferma; como si dixera: No os fieis en que vuestro ánimo esté resuelto á resistir, y no consentir la tentacion; porque la carne corruptible agrava al alma, y puesta en la ocasion,

la derriba; así es necesario no asegurarse con decir: yo no quiero ofender á Dios, ni por todo el mundo; y esto me basta. No basta, que es necesario que por las vigiliass, y demas exercicios se le quite á la carne el peso, para que aligerada esta, no arrastre al alma, y así pueda sin tropiezos permanecer en su buen deseo.

228 Considera como el Señor dexando despiertos, y avisados los Discípulos, volvió á la oracion, porque su congoja cada vez iba á mas; y como no hallaba alivio en los Discípulos, volvió á buscarlo en la oracion: apartóse de ellos otro tanto mas que la primera vez, como dice S. Buenaventura, é hincado de rodillas, é inclinada á la tierra su santísima cabeza, y ojos, humillado en la presencia de su Eterno Padre, hizo la misma oracion que antes; y habiendo perseverado como cosa de una hora, volvió á ver á sus Discípulos; y hallándolos dormidos, los dexó, y sin decirles nada, volvió á la oracion, y se apartó de ellos otro tanto mas que la primera, y segunda vez. Esta es toda la materia de esta meditacion. Medita cada cosa de por sí, y piensa lo primero, que ves á tu Señor que vuelve tristísimo sobre manera á la oracion; y arrojando suspiros, pasa del lugar de la primera oracion otro tanto mas adelante.

T 2

lan-